

engañado extrañamente sobre las fuerzas de la Grecia en aquella época. Se han tomado por realidades los supuestos temores de Roma; en los miramientos políticos del senado se ha visto la prueba del poder de Grecia y se han contado sus guerreros por centenares de miles. Ilusión de óptica producida por los grandes nombres de la vieja historia: de lejos barcos de alto bordo; de cerca, palos flotantes. Atenas no puede detener las correrías de los piratas de Calcis, ni las de la guarnición de Corinto. En el año 200, algunos acarnanes entran impunemente en el Atica á fuego y sangre, y dos mil macedonios tienen sitiada la ciudad. Cuando Filipo devasta la Laconia hasta los muros de Esparta, no tiene Ligerio más que dos mil hombres que oponerle. Y el mismo Filipo entra en campaña con cinco mil setecientos soldados en 219, y con siete mil doscientos un año después. El contingente de Argos y de Megalópolis es de quinientos cincuenta hombres, y toda la confederación aquea no logra poner en pie de ejército, durante la guerra de las dos ligas,



Moneda de Esmirna (1)

la más viva de aquella época, sino tres mil quinientos hombres de tropas nacionales. En 219 se separaron tres ciudades de la confederación y para su defensa bastó un ejército de 350 soldados. Los eleenses no tuvieron nunca más que algunos centenares de hombres sobre las armas: en el combate del monte Apelauros eran dos mil trescientos, incluso los mercenarios.

El estado de la marina era más deplorable todavía: los atenienses que montaban doscientos barcos en Salamina, tienen en esta época solamente tres navíos y sin puentes. Nabis no posee más. La liga aquea, que comprende la Argólida, Corinto, Sicione y todas las ciudades marítimas de la antigua Egialea, no se halla en estado de armar más que seis naves, tres para guardar el golfo de Corinto y tres para el golfo Sarónico. Puede verse en Tito Livio la ridícula flota de Filopémenes, cuyo navío almirante era un quatrime que de ochenta años atrás se podría en el puerto de Egipto. Los etolios no tienen un navío, y se recuerda que los piratas ilirios llevaban impunemente sus estragos hasta las Cícladas. Rodas misma, cuyo poderío se ponderaba tanto, después de una grave diferencia con Bizancio, sólo envía tres galeras al Helesponto, y sin embargo, los partidos enemigos en esta guerra eran dos repúblicas célebres, tres reyes, Atalo, Prusias y Aqueos y no sé cuántos jefes galos y tracios.

Esta flaqueza no era accidental. No me atrevo á decir que el espíritu militar estaba muerto en la Grecia; pero de dos siglos antes Grecia carecía de hombres por causas que le eran extrañas y los oficios lucrativos que aquellas hábiles gentes podían ejercer en Oriente les hacía desertar de la causa de la patria. En el momento en que perecía el rey de Esparta Areos, en que los últimos restos de la libertad he-

(1) En el anverso, cabeza torreada de Esmirna; en el reverso ΣΜΥΡΝΑΙ·Ν ΗΡΑΚΛΕΙΔΟΥ (nombre de magistrado) y un monograma; león marchando; todo dentro de una corona de laurel. Tetradracma de Esmirna.

lénica caían bajo la ruda mano de Antígono, Jantipo había llevado en socorro de Cartago sus más bravos lacedemonios. Más tarde, durante la segunda guerra entre los romanos y Filipo, vino Escopas á reclutar seis mil etolios en nombre de Tolomeo y toda la juventud lo hubiera seguido sin la oposición del estratega Damócrito. En tiempo de Alejandro, tenía ya Darío cincuenta mil mercenarios griegos: hemos visto que ellos constituían también la única fuerza de los Tolomeos y de los Seleucidas.

Había pues entre el Oriente y la Grecia un cambio igualmente funesto á los dos países: el uno tomaba los hombres y perdía la confianza y el apoyo de las fuerzas nacionales; la otra recibía oro y con este oro, que arruinaba sus costumbres, compraba á su vez soldados para sus discordias particulares.

He hablado ya del cáncer mortal de los Estados, el *condottierismo* que mató á Cartago y á las repúblicas italianas de la edad media, y que se había extendido por toda la Grecia. La misma Macedonia asalariaba extranjeros: en Selasia, tenía Antígono cinco ó seis mil: en los ejércitos aqueos formaban siempre más de la mitad de sus tropas; ni tenían otros soldados los reyes y tiranos de Esparta.

La riqueza adquirida por malos medios se va de suyo casi siempre como ha venido, y el oro asiático y africano no quedaba en Grecia, porque no existía ya el trabajo. Las ciudades estaban despobladas y miserables: de Megalópolis se decía: «Gran ciudad, gran desierto.» La miseria estaba en todas partes. Toda Mantinea, hombres y cosas, sólo estaba justipreciada en 300 talentos, y Polibio no hubiera dado 6000 por todo el Peloponeso. Dos siglos antes, era el Atica el país más rico de la Grecia: un reciente justiprecio de sus bienes muebles é inmuebles no alcanzaba el total de 5750 talentos, la mitad de lo que Pericles tenía en oro de reserva en el tesoro público antes de la guerra en que se hundió su fortuna. En aquel mismo pueblo que gastaba 1000 talentos en un solo templo, condenado hoy por árbitros á una multa de 500, no había con qué pagarla.

Ya lo vemos: pequeños ejércitos y pequeños negocios: algún ruido para nada; mientras al otro lado del Adriático resonaban los estruendos de la gran lucha de Aníbal y Roma. Todos los recuerdos de otro tiempo son ineficaces para hacer que se crea capaz aun de abnegación y heroísmo á ese pueblo gastado, entregado al espíritu de turbación y de vértigo: es un hecho consumado... la Grecia está muerta.

En ciertas ciudades la justicia estaba suspendida: hubo tribunales que permanecieron cerrados por espacio de veinte años, no por falta de criminales, sino de jueces que no aceptaban las facciones (2); se volvía pues á la barbarie.

Y la familia no andaba mejor que la ciudad: muchos eran los que huían del matrimonio por no cumplir los deberes de la paternidad y rehusaban educar los hijos de sus enlaces pasajeros (3). Ni respetaba ya siquiera aquel pueblo de artistas lo que constituye aun su mayor gloria: las obras de arte. Antes de que los hérulos y los godos vinieran á traer la devastación á Grecia, había ya griegos que incendiaban templos, desgarraban cuadros y derribaban estatuas: un día rompió dos mil en la capital de la Etolia Filipo de Macedonia. «Ese hombre, decían los diputados de Atenas en la asamblea de Naupacto, ese hombre hace una guerra sacrilega á los dioses: incendia los templos, mutila las estatuas y destruye hasta los sepulcros» (4).

(2) Polib., XX, 6.

(3) Ibid., XXXVII, 4.

(4) Para las devastaciones de Filipo en el Atica v. Tito Livio, XXXI, 5, 24, 26, 30. Hacía romper las estatuas aun después de ha-

Los lacedemonios hacían otro tanto en Megalópolis, los etolios en Diium, Prusias en Pérgamo y en Temnos. Y el sabio Polibio, poseído de piadosa indignación ante semejantes furores, exclama á su vez:

«En verdad esos hombres están locos: dirigen sus rogativas á los dioses, les ofrecen víctimas, doblan la rodilla ante sus imágenes, tienen para con ellos supersticiones femeniles, y á pesar de todo esto, destruyen sus templos.»

Había sin duda aun griegos ilustrados y patriotas, y cuando se proponga clara y resueltamente la gran cuestión entre la Grecia y Roma, entre la libertad y la obediencia, encontraremos todavía sentimientos y bríos dignos de un gran pueblo; pero demasiado tarde para salvarlo.

No de la liga aquea podía venir ya la salvación: el momento había pasado; ni de un sistema federativo en que es muy fácil á un agresor introducir la división y la discordia; sino de una estrecha unión con la Macedonia bajo la conducta y dirección de un gran príncipe. Veamos si existía este gran príncipe.

III.—LA MACEDONIA

Rodeada de mar y de montañas de difícil acceso, habitada por una raza guerrera, afecta á sus reyes y muy orgullosa aún del papel que le habían hecho desempeñar en el mundo, la Macedonia era en verdad un Estado poderoso. Como con Cartago, fué preciso que Roma la acometiera en tres campañas para triunfar de ella. Si Filipo no hubiera poseído más que la Macedonia, su conducta hubiera sido tan sencilla como sus intereses; pero tenía también la Tesalia y la Eubea, Opuncia en Lócride, Elatea y la mayor parte



Moneda de Abidos (1)

de la Fócide, el Acrocórinto y Orcomene de Arcadia; y además guarnición en tres de las Cícladas, Andros, Paros y Citnos, en Tasos y algunas ciudades de las costas de Tracia y de Asia, perteneciéndole una gran parte de la Caria. Estas posesiones lejanas y dispersas multiplicaban los contactos hostiles: sus ciudades de Tracia, Perinto, Sestos y Abidos, que dominaban el paso de Europa al Asia, lo hacían peligroso para Atalo de Pérgamo; sus ciudades de Caria y la isla Iasos, para los rodios; la Eubea para Atenas; la Tesalia y la Fócide, para los etolios, y sus posesiones del Peloponeso para Lacedemonia.

Con mayor consecuencia en sus designios y más prudente empleo de sus fuerzas habría podido dominar en la Grecia, porque tenía las trabas de ella, como decía Antipater; pero siempre hizo la guerra, más bien como jefe de banda que como rey, corriendo en una misma campaña, de la Macedonia á Cefalonia, de esta isla á Termos, de Etolia á Esparta, sin derrotar á ningún enemigo, ni acabar ninguna

berlas derribado. En Termos quemó el templo y derribó 2,000 estatuas (Polib., V, 9; XI, 3). Los etolios, por su parte, destruyeron el antiguo santuario de Dodona, y en Diium el templo y los cuadros de los reyes de Macedonia. Recuérdese el pillaje de Delfos por los focenses.

(1) Busto de Diana. En el reverso ΑΒΨΔΗΝΩΝ ΔΙΟΝΨΙΩΨ; águila y antorcha, todo dentro de una corona de laurel. Tetradracma de Abidos.

empresa. En sus guerras no pasaban sus fuerzas de algunos millares de hombres, y Plutarco habla de las dificultades que encontraba en levantar tropas.

Tampoco podía desguarnecer la Macedonia, porque siempre que se ausentaba de ella, los tracios, los dardanos y los ilirios se lanzaban sobre su reino. Domar á estos bárbaros, derrotar á los etolios, expulsar á los tiranos de Esparta y ganar el resto de la Grecia con la benevolencia, era el papel de Filipo, y no supo desempeñarlo. Si no hizo envenenar á Arato (2), se enajenó á sus aliados con sus excesos y con su perfidia. «Un rey, solía decir, no está obligado ni por su palabra ni por la moral.» Los ojos menos perspicaces veían «aproximarse la tempestad que los etolios atraían del Occidente (3).» Sólo Filipo no veía ni comprendía. Y cuando el senado envió á denunciar las hostilidades estaba guerreando en Asia contra Atalo y los rodios por cuestión de algunas plazas inútiles de la Tracia y de la Caria. Su contestación al diputado M. Emilio Lépidio pinta su ligereza burlona en medio de los más graves negocios. Le perdonaba, decía, la altivez de sus palabras por tres razones: porque era joven inexperto, porque era el más hermoso de los de su edad y porque llevaba un nombre romano.

Encerrado hasta entonces en el Occidente el poder romano, iba ya á penetrar en aquel otro universo de los sucesores de Alejandro. La gloria eterna de Roma, el inmenso beneficio por el cual hizo olvidar tantas guerras injustas, es haber algún tiempo reunido aquellos dos mundos que se encuentran en todas las épocas divididos en intereses y extraños uno á otro; es haber mezclado y confundido la civilización brillante, pero corrompida, del Oriente y la bárbara energía del Occidente. El Mediterráneo vino á ser un lago romano, *mare nostrum*, decían ellos, y la misma vida circuló ya por todas aquellas playas llamadas por la primera y última vez á una existencia común.

En esta obra hubo de invertirse siglo y medio de prudencia y de esfuerzos, porque trabajando Roma para una aristocracia paciente, y no para un hombre, no tenía necesidad de llegar al término de un salto. En vez de levantar repentinamente una de esas colosales monarquías formadas á imagen de la estatua de oro con pies de barro, fundó lentamente un imperio, que no cayó sino al peso de los años y de las hordas del Norte. Después de la victoria de Zama, hubiera podido intentar la conquista del Africa; pero dejó á Cartago y á los nómadas debilitarse mutuamente. Después de Cinoscéfalos y Magnesia, la Grecia y el Asia estarán aparejadas para la servidumbre, y Roma les concederá cincuenta años aun de libertad. Y es que conserva aún algunas de sus antiguas virtudes, con el orgullo del nombre romano y la necesidad de la dominación. Los Popilios son más numerosos que los Verres, y prefiere dominar el mundo: después lo entregará al pillaje.

Así, adonde quiera que Roma ve fuerza envía sus legiones: todo poder está quebrantado; los lazos de los Estados y de las ligas se han roto, y cuando llame á sus soldados, no dejará tras ellos más que flaqueza y anarquía. Pero cumplida la misión del ejército, comienza la del senado: después

(2) Polibio lo afirma, pero sobre muy vagos indicios. Véanse, *passim*, los reproches que dirige á Filipo por su conducta en Mesene, en Argos, y el discurso de Aristenes. (Tito Livio, XXXII, 21.)

(3) Discurso de Lisíscos (Polib., IX, 11). A medida que la segunda guerra púnica se acercaba á su desenlace, crecían los temores de la Grecia y la convicción de que ella también iba á entrar en el número de las conquistas romanas (Polib., XI, 6). «Amenazados por Cartago y por Roma, decía un griego, sólo nos libramos de la esclavitud, si Filipo puede mirar como suya toda la Grecia y velar por ella (Polib., V, 104).»

de la fuerza, la habilidad y la astucia; y aquellos senadores envejecidos en medio de los terrores de la segunda guerra púnica, parecen complacerse ahora, más bien que en las armas, en esos juegos de la política, la primera de las artes italianas en todos los tiempos.

Muchas causas, por otra parte, impusieron esta reserva. Contra los galos, los samnitas, Pirro y Aníbal, es decir en defensa del Lacio y de Italia, había empleado Roma todas sus fuerzas: iba en ello su existencia; mientras sólo su ambición y orgullo tenían interés en las guerras de Grecia y Asia, y la prudencia exigía que se diera algún descanso á los plebeyos y á los aliados. Fuera de esto, tenía al mismo tiempo el senado sobrados negocios á que atender, las guerras de España, de Córcega, de Cisalpina y de Istria, para entrar á fondo en el Oriente: así, dos legiones solamente combatirán á Filipo y Antíoco. Esto será bastante para vencerlos; pero hubiera sido demasiado poco para despojarlos.

Además, desde que los romanos penetraron en aquel mundo griego, donde una antigua gloria cubría tanta flaqueza, creyeron que no podrían nunca conceder demasiado á la prudencia. Aquellos implacables enemigos de los volcos y de los samnitas no procederán ya en las próximas guerras por la devastación de los campos y el exterminio

de sus contrarios. «No venimos, decían, no venimos á derramar nuestra sangre por nuestra cuenta, sino que tomamos en nuestras manos la causa de la Grecia oprimida.» Y no cambiarán este lenguaje ni esta conducta después de la victoria. El primer acto de Flaminio el día siguiente de Cinoscéfalos, será la proclamación de la libertad de los griegos. Todo lo que llevaba este respetable nombre parecía tener derecho á su protección; y las pequeñas ciudades griegas de la Caria, de las costas del Asia y de la Tracia recibieron con asombro su libertad de un pueblo que apenas les era conocido.

Todos se dejarán prender en estos lazos ó apariencias de desinterés y abnegación, y nadie verá que devolviendo su independencia á las ciudades y á los pueblos, se proponía Roma romper las confederaciones, que procuraban reformarse y que acaso hubieran podido dar á Grecia una nueva fuerza. Aislándolas, atrayéndolas por una gratitud interesada, las ponía bajo su influencia, sin que tuvieran conciencia de ello á veces. De ellas hacía aliados, y sabido es lo que venían á ser los aliados de Roma. Así, fíale tan bien al senado con su política, que llevaba por todas partes la división y despertaba y enardecía las rivalidades extinguidas, que no siguió otra durante siglo y medio.

CAPÍTULO XXVII

SEGUNDA GUERRA DE MACEDONIA (200-197)

I. — PRIMERAS OPERACIONES DE LOS ROMANOS EN GRECIA

Apenas había bajado del Capitolio el vencedor de Zama, y aun resonaban en los oídos los hacimientos de gracias, cuando uno de los cónsules fué en nombre del senado á decir á las centurias reunidas: «¿Queréis, ordenáis que se declare la guerra al rey Filipo y á los macedonios, por haber hecho agravio y guerra á los aliados del pueblo romano?» Todas las centurias á una rechazaron la proposición. Había ya bastante gloria y guerra, y sólo se deseaba reposo y paz; pero el pueblo romano no se pertenecía ya. Instrumento de una necesidad que él mismo se había impuesto, estaba invenciblemente impelido á la conquista del mundo. En vano hubiera querido detenerse en esta sangrienta vía, donde él mismo perderá su libertad: la victoria lo había hecho rey y era menester que aceptara los cuidados, los peligros y las gloriosas miserias de su reinado. «Los senadores, decía el tribuno Bebio, quieren eternizar la guerra para eternizar la dictadura.» El cónsul recordó el tratado con Aníbal, los cuatro mil macedonios enviados á Zama, las amenazas de Filipo contra las ciudades libres de Grecia y Asia, sus ataques á los aliados de Roma en Oriente, al rey de Pérgamo Atalo, á los rodios, y á Tolomeo Epifanes, el pupilo del senado. A la sazón sitiaba á la misma Atenas. «Atenas será una nueva Sagunto, y Filipo otro Aníbal. Llevad la guerra á Grecia, si no queréis tenerla en Italia. Id pues á votar, dijo terminando, y plegue á los dioses, que han aceptado mis sacrificios y dádome faustos presagios, hacer que decretéis lo que el senado ha resuelto.»

El pueblo cedió. Sin embargo, el senado tenía tan poca inquietud por este empeño que sólo armó seis legiones para Italia y las provincias, bien que la guerra se renovaba entonces en la Cisalpina, donde el cartaginés Amílcar sublevaba á los insubres.

Hemos visto más atrás cuál era la situación de la Grecia y del Oriente, las fuerzas y las alianzas de cada Estado. En Oriente, se había aliado Filipo con Antíoco III de Siria y Prusias de Bitinia, á fin de despojar de sus posesiones de Tracia y Asia á Tolomeo Epifanes, á quien defendían Rodas y Atalo de Pérgamo. En Grecia Nabís de Esparta, Atenas que acababa de cambiar con Rodas el derecho de ciudadanía, los etolios, que dominaban de uno á otro mar y ocupaban las Termópilas, eran sus enemigos declarados, y sus mismos excesos no le habían dejado más que amigos tibios.

El cónsul Sulpicio, encargado de combatirlo, condujo solamente dos legiones: Cartago le dió trigo, Masinisa nómadas, Rodas y Atalo barcos, y los etolios, después de alguna vacilación, sus jinetes que eran los mejores de Grecia. Nabís, sin declararse por Roma, estaba ya en guerra abierta con los aqueos.

Desde que las operaciones comenzaron, Filipo, con ser tan activo, se encontró como envuelto en una red de enemigos. Un teniente de Sulpicio, enviado en socorro de Atenas, incendió á Calcis, la principal ciudad de la Eubea; los etolios, unidos con los atamanes, saquearon la Tesalia; Pleurates rey de Iliria y los dardanos descendieron á Macedonia; en fin otro teniente llevó un reconocimiento hasta la Dasarecia.

Por esta parte fué por donde atacó Sulpicio, es decir por Licnidos y la futura vía Egnacia, dirigiéndose hacia la plaza fuerte de Heraclea (cerca de Monastir). Filipo llegó oportunamente para defenderla, y cerró á los romanos el desfiladero, desde donde hubieran podido descender á las fértiles llanuras de la Lincestide. Pero en aquellas montañas, la falange macedonia era inútil, y bien que Filipo hubiera reunido hasta veinticuatro mil hombres, no pudo impedir que el romano flanqueara su posición por el norte y desem-

bocara en la llanura por el camino de la Pelagonia. Sulpicio pues se encontró al cabo de algunos meses en el corazón de la Macedonia. Pero se acercaba el invierno, y sin almacenes ni plazas fuertes, no podía invernar en medio de un país enemigo: con esto volvió á Apolonia.

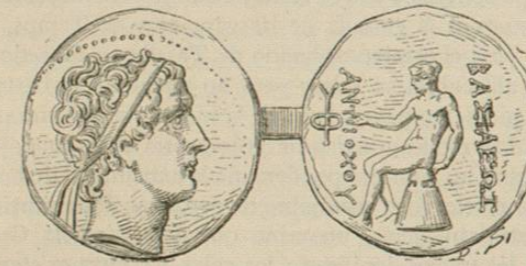
Durante el estío, la flota combinada expulsó de las Cícladas las guarniciones de Filipo, tomó á Orea y pilló las costas de la Macedonia (200). Algunos daños en el Atica, ligeras ventajas sobre los etolios, que habían invadido la Tesalia, y la toma de Maronea, rica y poderosa ciudad de la Tracia, no compensaban para Filipo el peligro de haber dejado que el enemigo llegara al corazón de su reino.

El nuevo cónsul Vilio encontró el ejército amotinado y pasó la campaña en restablecer la disciplina (199). Y no hubo de conseguirlo sino licenciando á los amotinados, que habiendo ido á esta guerra con la esperanza de una expedición rápida y de un rico botín, no habían tenido ni lo uno ni lo otro. A lo menos el sucesor de Vilio tuvo que llevar nueve mil soldados nuevos.

Animado por esta inacción, tomó ya el rey la ofensiva y fué á ocupar á las dos orillas del Aous, cerca de Antigonía, una posición inexpugnable que cubría la Tesalia y el Epiro, y desde donde podía cortar á los romanos sus comunicaciones con el mar, si continuaban la expedición de Sulpicio.

Acababa de elevar el pueblo romano al consulado á Tito Quincio Flaminio, bien que no tuviera más que treinta y dos años de edad, ni hubiera ejercido otro cargo más que la cuestura el año precedente; pero su reputación se había adelantado á sus servicios: además pertenecía á una de aquellas familias que ya se ponían por encima de las leyes. Buen general, mejor político, carácter flexible y astuto, más bien griego que romano, y de aquella nueva generación que abandonaba las tradiciones de los mayores por las costumbres extranjeras, Flaminio fué el verdadero fundador de la política maquiavélica, que entregó la Grecia sin defensa á las legiones.

Se ha querido hacer de él un segundo Escipión; pero no tiene la elevación ni el heroísmo del Africano. La sangre de



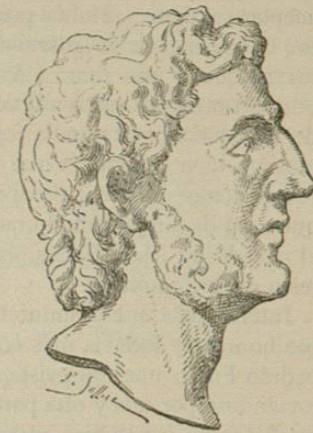
Moneda de Antíoco III (1)

Filopémenes y de Aníbal debe recaer sobre él. Ya lo veis: los caudillos de Roma disminuyen en grandeza, como los intereses que sirven.

Flaminio, al principio, no hizo más ni menos que su predecesor. La inútil tentativa de Sulpicio había mostrado á lo menos que la Macedonia era difícilmente atacable por las montañas del NO. y el ataque de la flota por el S. no había conducido sino á pillajes, y excesos que no terminaban nada. Quedaba que intentar el paso de frente; pero Filipo se había situado en una estrecha garganta entre dos montañas cuyas peladas y abruptas pendientes descendían hasta el río, que ocupaba casi toda la anchura del paso.

(1) Cabeza diademada de Antíoco III. En el reverso ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΝΤΙΟΧΟΥ y un monograma; Apolo sentado en el *omphalos* ó punto central del mundo. Estatera del Gabinete de Francia.

Por espacio de seis semanas permaneció Flaminio enfrente del inexpugnable campamento de los macedonios. Todos los días venían á las manos en ligeras escaramuzas; pero «cuando los romanos intentaban trepar al monte, eran recibidos con una lluvia de dardos, que los macedonios lanzaban por los flancos, resultando muchos heridos y muertos de una y otra parte; pero no era para decidir ni acabar una guerra (2).» El desaliento llegaba, cuando Charops, un jefe epirota, cuyo país devoraba el ejército macedonio, suministró al cónsul los medios de salir de aquella peligrosa inacción. Envióle un pastor, que acostumbrado á conducir su ganado al desfiladero de *Cleisoura* conocía todos los senderos de la montaña, y ofreció llevar á los romanos en tres días á un sitio superior al del enemigo.



Tito Quincio Flaminio

Después de haberse cerciorado de la fidelidad del pastor, formó Flaminio un cuerpo escogido de cuatro mil infantes y trescientos caballos, les encargó que caminaran sólo de noche á la claridad de la luna, que bastaba en aquella estación para alumbrar los senderos, y que al llegar al sitio designado por el pastor, encendieran una gran fogata, cuya humareda anunciara á las legiones el buen éxito de la empresa. El cónsul se había asegurado del guía por dos medios eficaces: promesa de grandes recompensas, si era fiel; orden de darle muerte, si conducía la fuerza á una emboscada.

Para llamar la atención de los macedonios hacia la parte del río, se renovaron los ataques con frecuencia y con más empeño durante dos días; y el tercero, á la señal convenida, se elevó del fondo del valle un grito inmenso al que respondía el de las alturas que dominaban los reales de Filipo. Atacados de frente los macedonios y en peligro inminente de verse envueltos por la gente de arriba, se sobrecogen de espanto y emprenden la fuga sin detenerse hasta la Tesalia, á espaldas de las montañas del Pindo.

A la nueva de esta victoria, que daba el Epiro á Flaminio, se arrojaron los etolios sobre la Tesalia, y Aminander, rey de los atamanes, abrió á los romanos esta provincia por el desfiladero de Gonfi. No atreviéndose Filipo á arriesgar un nuevo combate, se retiró al valle de Tempe, después de haber entregado al pillaje el país llano, incendiado las ciudades abiertas y expulsado las poblaciones á las montañas.

Esta conducta de Filipo ofrecía un peligroso contraste con la seguida por los romanos, á los cuales hacía observar Flaminio la mas rigurosa disciplina, por lo cual sufrían más bien el hambre que cometer ningún acto de rapiña ni causar ningún daño en el Epiro. Con esto, abrieron sus puertas muchas plazas, y había llegado ya Flaminio á orillas del Peneo, cuando detuvo su marcha victoriosa la ruda resistencia de Atrax. Cerca de allí se alzaba la importante ciudad de Larisa que los macedonios ocupaban con numerosa fuerza, y el cónsul retrocedió.

En esta campaña la flota aliada hubo de tomar en la Eubea á Caristo y Eretria (198) «de donde se llevó muchas estatuas, cuadros de antiguos pintores y obras maestras de todas clases.» Los macedonios encontrados en estas ciuda-

(2) Plutarco, *Flamininus*, 5.